



**RÉGIMEN POLÍTICO Y  
PROYECTO HEGEMÓNICO**

# Fascistización al acecho

JAIRO ESTRADA ÁLVAREZ

PROFESOR DEL DEPARTAMENTO DE CIENCIA POLÍTICA  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

**E**l país viene atravesando una coyuntura en la que el nudo de los conflictos y las contradicciones mantiene amarres que se están empezando a desatar. La situación de excepcionalidad impuesta por la pandemia del covid-19 logró fortalecer las configuraciones autoritarias del régimen político y acentuar las tendencias de sus formas violentas de reproducción. Sin duda, la derecha que hoy gobierna ha buscado aprovechar la situación con la pretensión de apuntalar mejores condiciones para su proyecto político, disminuido, por una parte, por la precariedad del ejercicio gubernamental, los procesos judiciales que comprometen a su principal líder y a integrantes de su más cercano entorno, así como por la mediocridad de la "segunda línea" de su liderazgo político; y, por la otra, por efecto de la reconfiguración en curso del campo político y sobre todo por la movilización política y social que se observó en el paro del 21 de noviembre de 2019 y las semanas subsiguientes, la cual entró en un estado de "hibernación" obligada y transitoria, que ya se empieza a superar.

## Pospandemia y riesgos de fascistización

Más que enfrentar la coyuntura del covid-19 -aunque también con la necesidad de hacerlo- la derecha que gobierna se ha dado a la tarea de preparar escenarios pospandemia que garanticen la continuidad del régimen de dominación de clase y, sobre todo, que preserven y garanticen la reproducción de las facciones de clase que representa (sectores de grupos corporativos financieros, capitales vinculados con economías de extracción minero-energética, latifundismo ganadero y de economías de plantación, narcotráfico, entre otros). Al mismo tiempo, persevera en la ampliación de "bases sociales" provenientes de las capas medias y de los sectores más pobres de la población, que durante lustros ha logrado incorporar en su proyecto político mediante la conjunción de la adhesión incondicional y fanática, las narrativas del emprendimiento individual y la provisión de -pírricos- subsidios económicos focalizados.

Dada la indetenible profundización del conflicto social y de clase exacerbado por la crisis, la salida autoritaria, con rasgos fascistas, ha entrado a hacer parte del repertorio a considerar. La tendencia a la fascistización tiene hoy asidero indiscutible en la realidad; no en la forma del fascismo clásico, sino como expresión de principios, ideología y cultura fascistas, puestos en movimiento, que también apuntalan la acumulación capitalista, organizadores y estructuradores del orden social frente a lo que se consideran amenazas sistémicas. Detallarlo escapa a los propósitos de este texto. La historia es abundante en experiencias que han dado cuenta de cómo en escenarios de crisis la salida fascista hace parte de las estrategias desplegadas por las clases dominantes para afianzar el poder y la dominación capitalista, así haya incluso sectores de ellas que se opongan.

Así es que no son de poca monta los rasgos que viene exhibiendo el momento político. No parece exagerado afirmar que se está frente a una nueva calidad del proyecto político de la derecha en la que se desarrollan explícitamente sentidos y contenidos fascistas como respuesta a la tendencia al agotamiento fáctico de los recursos hasta ahora utilizados para dominar, y a la desobediencia y la insubordinación, la rebeldía en ascenso, de “los y las de abajo”. La creciente agresividad mostrada por la derecha que gobierna en su discurso, narrativa y prácticas indica que no pretende escatimar en propósitos de establecimiento de un régimen autoritario y de institucionalización de la violencia en todas sus modalidades -incluso con ropaje jurídico-formal- a fin de enfrentar las amenazas sistémicas (calificadas como “socialistas”) y, en general, lo que los historiadores han llamado el “miedo al pueblo”. Otra cosa es si alcanza el pelo *p’al moño*, como dice el adagio popular.

### Ejes articuladores de narrativas de fascistización

La estructuración de esa nueva calidad demanda coherencia en la narrativa, la cual se pretende lograr mediante la definición de ejes articuladores y la identificación precisa de las amenazas y del enemigo a combatir, e incluso a exterminar.

La persistencia de la violencia es reducida a una deriva del narcotráfico, que se habría incrementado por efecto de los acuerdos de La Habana. Además de pretender una exculpación sistémica, con la que se buscan deshacer las interrelaciones entre violencia y acumulación por despojo, desconociendo la naturaleza esencialmente capitalista y transnacional del negocio del narcotráfico, los entronques con poderes económicos y políticos nacionales y locales y la propia organización e institucionalidad del Estado, se intenta justificar el retorno pleno a la “guerra contra las drogas” como un recurso que permite la identificación de un “enemigo narcoterrorista”, la negación de propósitos de paz completa con organizaciones que persisten en el alzamiento armado, la persecución, estigmatización y represión violenta de territorios y comunidades rurales (campesinas y de pueblos étnicos), la explicación (y justificación) de los asesinatos de líderes y lideresas sociales y de firmantes del Acuerdo de paz y, en general, de graves violaciones de los derechos humanos. Y sobre

todo, el control territorial y de la población sustentado en la excepcionalidad permanente *de facto* y la militarización.

La “guerra contra las drogas” posibilita, además, la reafirmación de condiciones del ejercicio del poder que buscaban ser superadas con la implementación integral de los acuerdos de La Habana, la justificación de la política inspirada en la doctrina de la “seguridad nacional”, el injerencismo estadounidense con fuerzas militares especiales y financiación, y el desempeño de la función de “aliado estratégico” en la geopolítica imperial.

Frente a las dificultades para controlar la protesta y la movilización urbana en ascenso y los límites que exhibe la represión violenta, en todo caso sin escatimar en ella, como lo demuestra un acción policial de guerra, se están desplegando estrategias que conjugan pretensiones de disciplinamiento jurídico-formal (Código de Policía, protocolos de movilización, etc.), acciones mediáticas de desprestigio, identificación de protesta social con bandas de vándalos, inteligencia humana y tecnológica, infiltración estatal a través de acciones encubiertas con agentes y fabricación de vínculos con grupos ilegales que estarían presuntamente en la trasescena. En el fondo se busca el doble propósito de generar miedo y aterrorizar, así como de reforzar la política de seguridad inspirada en el combate al “enemigo interno”.

Aunque se podría afirmar, que en estos casos no se trata de aspectos novedosos, pues ya se han observado en la larga confrontación armada, lo que parece nuevo son narrativas y prácticas inspiradas de manera exacerbada en el discurso y las técnicas fascistas de la propaganda y la comunicación. El Acuerdo de paz terminó siendo aceptado como una anomalía con la que sería preciso coexistir, que puede ser no solo incumplida a través de estrategias de remedo, simulación y desfinanciación de la implementación, sino instrumentalizada políticamente a su favor. Además de definirse como un compendio de concesiones innecesarias a una guerrilla que podía ser haber sido derrotada militarmente, el Acuerdo y su institucionalidad son utilizados para deshacer sus pretensiones reformistas, presentar realidades distorsionadas

Más que enfrentar la coyuntura del covid-19 –aunque también con la necesidad de hacerlo– la derecha que gobierna se ha dado a la tarea de preparar escenarios pospandemia que garanticen la continuidad del régimen de dominación de clase y, sobre todo, que preserven y garanticen la reproducción de las facciones de clase que representa (sectores de grupos corporativos financieros, capitales vinculados con economías de extracción minero-energética, latifundismo ganadero y de economías de plantación, narcotráfico, entre otros). Al mismo tiempo, persevera en la ampliación de “bases sociales” provenientes de las capas medias y de los sectores más pobres de la población, que durante lustros ha logrado incorporar en su proyecto político mediante la conjunción de la adhesión incondicional y fanática, las narrativas del emprendimiento individual y la provisión de –pírricos– subsidios económicos focalizados.

que refuerzan la narrativa de la guerra, desvirtuar la solución de justicia sustentada en la verdad, forzar una relectura de la historia del conflicto que produzca la exculpación sistémica y de las clases dominantes e identifique el alzamiento armado como una mera empresa criminal que solo merece condena y debe llevar al arrepentimiento. Y, más allá de ello, le es útil para despertar y agigantar pasiones, odio, venganza; para una justificación no explícita de la muerte y el exterminio de quien fuera enemigo narcoterrorista, ahora disfrazado o en mutación a una nueva aparente condición, en la que nunca dejará de ser el criminal que fue. Fascismo cultural que puede devenir en plan de exterminio extendido a luchadores y luchadoras sociales en general.

A pesar de que gobierna y ejerce el poder del Estado, el proyecto en curso de la derecha se sustenta en la necesidad de superar las debilidades que muestra la actual organización del poder y del Estado (incluida su institucionalidad), el agrietamiento del principio de la obediencia y la sumisión de masas a las formas de dominación existentes, ocasionadas por una sociedad que se torna más deliberante, en la que además de los espacios institucionales, también se delibera y se hace cada vez más política en la calle y se aprecian numerosas formas -aún fragmentadas y desarticuladas- de producción de poder social "desde abajo", erigiéndose como amenazas sistémicas de tipo socialista o comunista. En ese sentido, su proyecto se sustenta en la crítica al orden que le sirve de soporte, con la pretensión de apelar a los recursos democráticos (plebiscitarios) y al "Estado de opinión" para instaurar el pleno cierre democrático y darle sustento a una organización autoritaria (fascista) de la sociedad y del Estado. Se trata de subvertir el orden existente desde el mismo orden y en nombre de su preservación. La narrativa que se viene construyendo apunta a la justificación de ese propósito; así se expresa en los numerosos proyectos anunciados de (contra) reforma y en la agenda trazada recientemente por el guía político, como también en las propias ejecutorias gubernamentales.

A lo anterior se agrega, la inserción de ese proyecto político en las estrategias transnacionales de la derecha y del imperialismo, en la medida en que existe plena comprensión acerca de que sus posibilidades se encuentran atadas a las configuraciones geopolíticas. Por ello, se desarrollan articulaciones y coordinaciones transnacionales para darle sustento adicional a la derecha que gobierna en otros países o que aspira a llegar a la posición de gobierno (sin distraerse en consideraciones sobre los métodos a utilizar), y para enfrentar lo que se hoy considera una amenaza contra la seguridad regional: el fantasma del "castrochavismo". Se trata de la participación activa en la disputa por el destino de Nuestra América, que en las visiones del proyecto de derecha es manifiesto y alineado con los dictámenes e intereses de los Estados Unidos. En perspectiva transnacional también puede hablarse de procesos de fascistización en curso, convergentes en narrativas y ejecutorias que responden a la misma lógica de reforzamiento de la dominación de clase que se considera amenazada.



### Retos del proyecto de fascistización

No debe quedar duda alguna: el proyecto político iniciado en 2002 por los sectores más extremos de la derecha no ha renunciado a sus propósitos estratégicos. Su programa hoy es de fascistización. En su lectura, el Acuerdo de paz sería expresión de la traición de una facción de la clase dominante, representada por Santos, que fisuró el consenso existente en el bloque de poder y abrió transitoriamente un compás que ahora se podría cerrar. A ese proyecto político debe reconocérsele perseverancia, tozudez, y continuidad en su narrativa. Empero, en perspectiva histórica, es un proyecto disminuido, aunque no agotado. Sus fragilidades actuales se manifiestan simbólicamente y también como realidad material en la situación de su líder político. Esa condición que exhibe en la actualidad lo torna precisamente más agresivo y peligroso. Sus trayectorias pasadas y presentes han demostrado su disposición a apelar a todos los recursos

posibles, incluido el ejercicio de la violencia, para preservar y reproducir su poder.

La batalla que parece ahora emprender, así parezca contradictorio, consiste en concitar los apoyos de amplios sectores sociales castigados por los impactos del modelo económico neoliberal, que ya en 2019 mostraban que la pobreza monetaria había alcanzado el 35,7% de la población (ingreso mensual de \$327.700), y, sobre todo, por los efectos de la profundización de la crisis capitalista derivados de la pandemia del covid-19, que además de expresarse en una caída espectacular del PIB en 2020 que puede sobrepasar el 8% y anunciar escenarios muy lentos de recuperación económica, ha producido un aumento sin precedentes en las tasas de desocupación, con mayor énfasis entre los jóvenes y las mujeres, y precarizado el trabajo y los ingresos, al punto que según analistas la pobreza monetaria podría alcanzar al 62% de la población hacia el fin de año.

Aunque frente a esta situación dramática, el gobierno de Duque tiene una inmensa responsabilidad por el tratamiento de clase a favor de los más poderosos que le ha dado a la crisis y las migajas para los más afectados en sus vidas y su cotidianidad, hasta ahora ha logrado sembrar en sectores de la población las tesis de las “causas naturales” y del “sálvese quien pueda”. Si la pandemia permitió la puesta en escena de una acción gubernamental de aparente amplio compromiso, orquestada mediáticamente, la “normalización” va a poner al desnudo toda esa falacia. El gobierno que es corresponsable de la situación generada querrá aparecer como uno de sus salvadores, aunque su insensibilidad y ortodoxia extremas quedaron expresadas en el presupuesto de 2021 aprobado el pasado 19 de octubre por el Congreso de la República, que no hizo aumentos adicionales acordes con la crítica situación social.

Es indiscutible que antes de la pandemia del covid-19 el malestar social venía en ascenso. También lo es que con la pandemia la situación se ha deteriorado gravemente. Y que ahora se está frente a un mayor nivel de malestar acumulado, no expresado socialmente hasta el momento por el confinamiento obligado y porque sectores de la clase trabajadora recurrieron a sus ahorros o incrementaron sus deudas para sobrevivir.

Dada la indetenible profundización del conflicto social y de clase exacerbado por la crisis, la salida autoritaria, con rasgos fascistas, ha entrado a hacer parte del repertorio a considerar. La tendencia a la fascistización tiene hoy asidero indiscutible en la realidad; no en la forma del fascismo clásico, sino como expresión de principios, ideología y cultura fascistas, puestos en movimiento, que también apuntalan la acumulación capitalista, organizadores y estructuradores del orden social frente a lo que se consideran amenazas sistémicas. La historia es abundante en experiencias que han dado cuenta de cómo en escenarios de crisis la salida fascista hace parte de las estrategias desplegadas por las clases dominantes para afianzar el poder y la dominación capitalista, así haya incluso sectores de ellas que se opongan.

La gran pregunta hoy es quién y cómo se canalizará el inobjetable descontento social existente. No hay respuesta mecánica. La canalización del descontento hace parte de la disputa política. La historia enseña que la derecha ha demostrado capacidad de encauzar descontentos en función de sus proyectos políticos. El fascismo histórico gozó de respaldos sociales por la salida de empleo e ingresos que ofreció frente a la situación derivada de la Gran Depresión. ¿Logrará la derecha extrema ampliar la base social de su proyecto de fascistización? Es una cuestión que aún no tiene respuesta. Por lo pronto, se trata de encender las alertas. La fascistización también llega por la calle y los vecindarios. En su trama los componentes culturales ocupan un lugar central.



<https://civicus.contentfiles.net/media/thumbs/f8/a5/f8a5f6029cbc1d243a6f0796db5f087b.jpg>,